



Jeromin

10 • céntimos

AÑO II

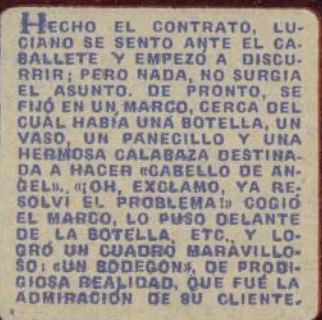
Revista para jóvenes

MADRID

NUM. 58



EL CINE DE Jeromin





Estos, al ver que nada podían temer, cesaron en sus amenazas. «Buena le hemos hecho—dijo uno—; hemos cazado dos pájaros de un tiro; y que éste también debe de ser de gente de dinero.»

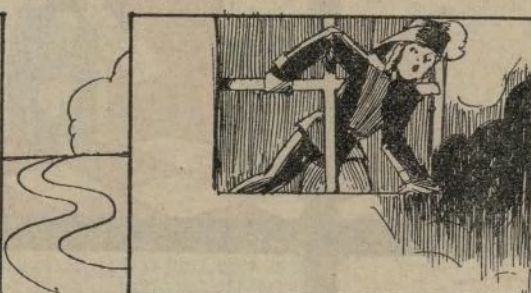
«No os asustéis, hijos—exclamó dirigiéndose a los niños—; si sois buenos, os llevaremos a vuestras casas así que los papás suelten los cuartos.» Y rompió a reír de un modo tan horrible, que los dos pequeños se acurrucaron aún más en sus asientos, helados de espanto.

El automóvil detuvo su marcha vertiginosa, y los secuestradores hicieron bajar a

empujones a sus prisioneros. Se hallaban ante un enorme castillo medio derruido, cuya puerta principal abrió el que parecía ser el jefe. Alumbrándose con una antorcha recorrieron estrechas galerías que filtraban el agua por sus paredes, hasta detenerse ante una puerta, que el mismo bandido abrió. «Adentro!», dijo, empujando brutalmente a los niños y cerrando tras ellos. Luisita, atemorizada, fué a refugiarse en un rincón. Manolín permaneció unos momentos sin atreverse a dar un paso ni a mover la cabeza. Poco a poco fué serenándose, y con la vista recorrió el cuarto en

que estaban encerrados. Era una habitación pequeña, de muros formidables, cuya única ventilación era una ventanita a unos dos metros del suelo, defendida por gruesos barrotes. ¡Un verdadero calabozo!

En la estancia vecina debían de estar los malhechores, pues su conversación se oía como un murmullo a través de las rendijas de la puerta. Manolín, andando de puntillas, se acercó a la niña. «Luisita, nena: ¿te han lastimado?», preguntó. «No—dijo ella—, pero tengo mucho, muchísimo miedo.» «No temas», animó Manolín. En su imaginación había surgido una idea, y su



carácter valiente y decidido se imponía al primer sobresalto.

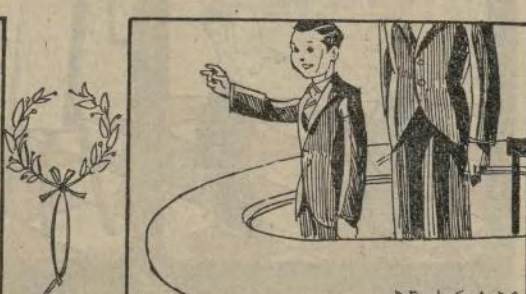
Con cuidado infinito se deslizó hasta la puerta, y a ella aplicó el oído. La conversación de los miserables, que a Manolín hizo estremecerse, era ésta: «He pensado—decía uno de ellos—que mejor que desprendernos de los muchachos es llevárnoslos con nosotros; bien administrados, pueden dar mucho dinero.»

«¿Y si se resisten?», contestó el otro. «Si se resisten..., ya sabes cómo hemos de acerlos entrar en razón.»

Manolín no quiso escuchar más. «Luisita

—susurró—. Tú vas a estar muy quietecita, ¿sabes?; yo voy a tratar de huir y volveré en tu ayuda»; y sin esperar respuesta, comenzó a poner en práctica su plan. Los bandidos le habían dejado su cuchillito de paje, que era una hoja de hierro, pequeña y sin punta, pero fuerte; rápida y silenciosamente comenzó a picar en la pared; al rato había hecho una especie de escalón, sobre el que poniendo el pie, consiguió alzarse hasta la ventanilla, y una vez allí comprobó que aun a costa de infinitos esfuerzos su cuerpo pasaba entre los barrotes. «Luisita, nena—murmuró desde arriba—, ten confianza; volveré; adiós.» Y encomendándose al Señor, salió por la ventanilla.

Una ráfaga de aire azotó su rostro, y, a su pesar, no pudo reprimir un movimiento de espanto. Se hallaba sobre una cornisa que mediría poco más de un palmo, casi en las almenas del castillo; un paso era falso, un mareo, le harían despeñarse desde una altura de más de quince metros. Un segundo duró su incertidumbre; después, con infinitas precauciones, pero sin flaquear su valeroso corazón, fué avanzando, paso a paso, por la cornisa. ¡Qué terribles momen-



tos! Pero, al fin, sus manos tropezaron con una especie de canalón de piedra que bajaba perpendicularmente hasta el suelo. Nuestro pequeño héroe, sin vacilar, también fué resbalando por el canalón, en un descenso arriesgadísimo, hasta que sus pies tocaron tierra firme. Una vez en tierra, trató de orientarse. Allá lejos, muy lejos, vislumbró las torres de la ciudad. ¡Qué lejos estaba! ¿Resistiría hasta allí? Y aunque resistiera, ¿llegaría a tiempo? Terribles interrogaciones que ponían alas en sus pies. Manolín corría, corría desesperadamente; a veces se paraba un instante para tomar aliento; y así media hora, una, ¡era horrible! El co-

razón parecía saltársele del pecho; los pies le sangraban, y una angustia infinita le impedía respirar. ¡Y la ciudad qué lejos, qué distante aún! No llegaría, no; y convencido de su impotencia, se dejó caer, medio asfixiado, en la carretera. Pero, al instante, la trepidación de un motor le hizo incorporarse. Un automóvil avanzaba hacia él, y Manolín, el bueno, el heroico, el valiente Manolín, corrió hacia él con los brazos abiertos gritando: «¡Socorro! ¡Socorro!» Y cuando paró el coche, Manolín, como en un sueño, vió apearse a su papá, al de Luisita y a unos cuantos policías.

Unos días después, en el teatrillo del palacio de los de Almenar, se celebraba una gran función de teatro para celebrar el rescate de los niños y la prisión de los dos malhechores, que pagaban sus crímenes en la cárcel.

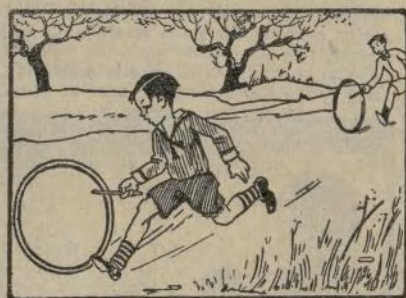
Los palcos y butacas estaban repletos de damas y caballeros lujosamente vestidos, y en el palco de honor, Manolín saludaba sonriente a todos los que, puestos en pie, aplaudían al niño valeroso y decidido, fuerte y sereno, que por su bellísima acción se había hecho acreedor a las alabanzas de propios y extraños.

MANUEL G. BENGOA.



LA SALVE ES MUY AGRADABLE A LA VIRGEN

En cierta ocasión, San Juan de la Cruz rezaba la salve ante la Santísima Virgen de Guadalupe, y al llegar a «esos tus ojos misericordiosos», se descorrió la cortina que cubría a la imagen y le miró la Virgen. Pero ocurrió que la cortina, al descorrerse, hizo algún ruido, que fué oído por el sacristán del Santuario, el que, acudiendo, al ver la cortina descorrida y a San Juan arrodillado ante la imagen, creyó que se trataba de un ladrón que pretendía robar las joyas riquísimas que adornaban siempre a la Virgen, y con palabras injuriosas increpó al Santo, y a puntapiés le echaba de la iglesia; a más hubiera llegado la furia del sacristán si de repente no se le hubiera quedado paralizado el pie que levantó contra el Santo y caído en tierra casi sin sentido. Entonces, compadecido el siervo de Dios, se llegó al infeliz sacristán y le indicó que con el mayor fervor que le fuese posible se encomendase a la Santísima Virgen, rezándole una salve. Así lo hizo el sacristán y, al punto, se vió tan sano como estaba poco antes.



JUEGOS DE AROS

Otra variedad de juegos con aros es la llamada «Guerra de aros». Es muy divertido este juego. Veréis. En un campo, paseo, playa, etc., espacioso, se ponen los jugadores, divididos en dos bandos, uno enfrente del otro y distantes entre sí, los bandos, unos 200 ó 300 metros. A la señal convenida, los jugadores lanzan sus aros en direcciones encontradas con el fin de llegar con ellos a la meta que ocupaban los jugadores del bando enemigo. Los jugadores han de procurar que sus aros no choquen entre sí. El bando que logra llegar a la meta o posición del contrario sin haber perdido ningún aro, ya sea por choque o caída, es el ganador. Si ambos bandos llegan a sus respectivas metas sin perder aros, se repite el juego. Si los dos bandos pierden aros, será ganador el que menos haya perdido.

Es éste un juego muy divertido, y más mientras mayor sea el número de jugadores.



LA FUERZA CENTRIFUGA DEL AGUA

En una reunión en que los concurrentes luzcan sus habilidades, podéis luciros vosotros del siguiente modo: Pedís un vaso lleno de agua; lo ponéis sobre la mesa y desafiáis a que pongan, sin que se vierta el agua, el vaso boca abajo. Como es de suponer, nadie aceptará el desafío, ni creará que pueda hacerse lo que decís. «Entonces, diréis vosotros, ¿no tendréis inconveniente en apostar unos pasteles?» «Apostados», dirán. Hecha la apuesta, cogéis una cuerda y atáis con ella el vaso en la forma que indica el dibujo; una vez atado, cogéis de la punta de la cuerda de forma que quede el vaso colgando, como un incensario; luego comenzáis a darle un movimiento de vaivén y, por último, podéis dar al vaso una o varias vueltas completas, en las que el vaso queda, cuando está arriba, boca abajo sin que se derrame una gota de agua. Con un cubo, sin más que agarrándolo del asa, se hace igual experimento.



ESPAÑA MONUMENTAL



La Alhambra.

El exterior del palacio de los reyes Nazaríes, lo más interesante de la Alhambra, no puede ser de aspecto más humilde y sencillo; nadie puede imaginarse que detrás de muros tan despojados de todo adorno haya el cúmulo de incomparables bellezas artísticas que hay. El palacio está constituido



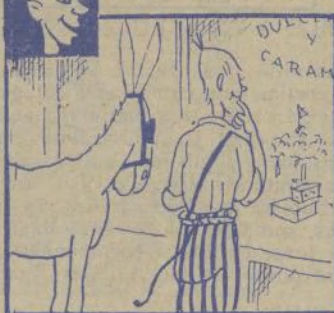
por tres grupos de edificios; el primero está muy desfigurado por las ruinas y restauraciones; lo más antiguo de esta parte data del siglo XIV. El *Mjnar*, donde se administraba justicia, es de la época de Mohamed V, restaurado, muy bien, en tiempos de Carlos V. Fué convertido en Capilla en el siglo XVII.

Las fotografías que publicamos hoy, son: la primera, el patio llamado de la Alberca; la segunda, de la galería baja de ese patio; la tercera, galería alta del mismo, y la cuarta, entrada de la Sala de la Barca, también en el mismo patio. Todo ello, como podéis apreciar, elegante, bellísimo.





Cascarilla



Ante una confitería de gusto se relajaba.



La burra también miraba, pues aquello le gustaba.



¡Cuidado que está bonito! ¡Esto excita el apetito!



Sin mirar ni reparar un bocadito quiso dar.



Y, de uno, hizo mil piezas el cristal con la cabeza.



-MAMA ¿ME DEJAS IR A LA CALLE A VER EL ECLIPSE DE LUNA?
-SÍ; PERO NO TE AGERQUES MUCHO....



¿OTRA VEZ TE HAN SUSPENDIDO?
-¡CLARO! SI ME HAN PREGUNTADO LO QUE EL AÑO PASADO



Maravillosa Historia de Jeromin



Con una varita de diamante comenzó a mover el líquido, y a los cinco minutos, JEROMIN pudo ver en el crisol una pasta amarilla. El sabio apagó el fuego; de un estante cogió un molde tallado en un enorme rubí, vertió en este molde la pasta, la cerró, y abriéndole después, sacó de él una narajita.



medor en donde recibirás aún mayores sorpresas. JEROMIN estaba como atontado de cuanto había visto y, ¿aún iba a ver cosas más sorprendentes? pensaba. ¡Qué hombre este tan extraordinario! Preocupado estaba con estos pensamientos cuando oyó decir a su espalda: —Las doce, señores.



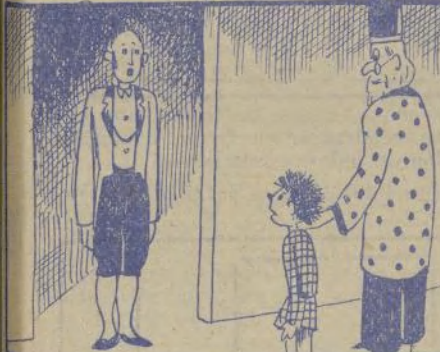
oído. Fíjate, ahora va a repetir. Abrióse la estera y con gran sorpresa para JEROMIN, asomó una cabeza, que parecía propiamente viva, y dijo, mirando los labios con gran naturalidad: —¡Las doce, señores! En aquel momento, debajo del retrato, abrióse una puerta y apareció un camarero, que



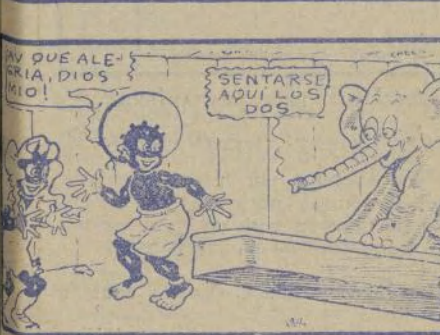
tan perfectamente hecha, que parecía natural en color y olor. JEROMIN no salía de su asombro, contemplando, con la boca abierta, aquel prodigio de la ciencia. El sabio, sonriendo, le dijo: —Pues como verás después, el sabor es exacto, así como las cualidades nutritivas. Y ahora pasaremos al co-



Volvió JEROMIN sobrecogido y no vio a nadie. —¿Quién ha hablado?— preguntó. —Mi reloj, dijo el sabio, señalando a JEROMIN una esfera luminosa. Mediante un complicadísimo mecanismo, continuó el sabio, en vez de dar campanadas para indicar la hora, anuncia esta hablando, como has



JEROMIN le pareció un hombre de verdad y que era, como él, un muñeco, el que, haciendo una profunda reverencia, dijo: —Señor, la mesa está puesta. —Pasemos al comedor, JEROMIN, pues, como ves, la comida está esperando. (Continúa.)



-¡MANOS ARRIBA, MIENTRAS COMO LOS CARTUCHOS QUE ESTAN EN LA CÓMODA!



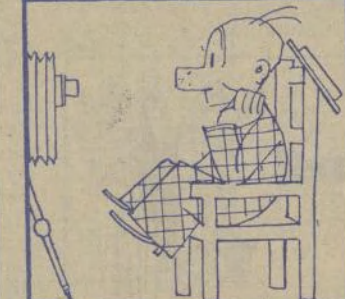
-¡JORGE DESPIERTA!
-NO PUEDO
-¿POR QUÉ?
-PORQUE NO ESTOY DORMIDO.



Repollo



Quiso Repollo, un buen día, ver si salía muy guapo en una fotografía.



Como es hombre decidido, sin pensarlo más se sienta delante del objetivo.



Y dígame, caballero: ¿cómo hacemos el retrato, de busto o de cuerpo entero?



-Por la salud de mi gato, que dentro de media hora tiene en su casa el retrato.



¡Pero, que bruto es Ginés! ¡Pues no le encargo un retrato y me lo hace al revés!

Nº 58





Cuentos fantásticos

EL TERRIBLE SECRETO DEL CASTILLO

Novela de aventuras original de

Manuel G. Bengoa (Julman).

TERCERA PARTE

«¡Adentro! ¡Adentro!», gritó Terlaud, y uniendo la acción a la palabra, cogieron a Tony entre ambos y entraron al castillo. Ya era tiempo; en el mismo instante, un enorme trozo de piedra se desprendía de las almenas e iba a estrellarse contra el suelo, precisamente en el sitio que acababan de abandonar nuestros amigos. Terlaud no se inmutó; Alfredo no había ni pestañeado. «Señor Terlaud—dijo éste—, parece que no quieren esperar hasta las doce.» «Ya procuraremos no darles ese gusto—contestó el detective—. Y ahora, manos a la obra—prosiguió—. Mucha tranquilidad y mucho va-



lor.» «No faltará», respondió serenamente el joven ayudante.

Acababan de dar las once y media en el reloj del castillo, cuando Alfredo salía del cuarto del difunto administrador. Debajo de la cama acechaba Terlaud; en el lecho, y como si fuera el detective, habían tendido y arropado un maniquí. Alfredo se había emboscado en el pasillo, en el piso de abajo, detrás de un mueble. No se oía el menor ruido ni se veía nada. Todo eran sombras y silencio en los corredores. Alfredo oprimió nervioso la culata de su pistola; comprendía que las doce, la hora señalada, la hora trágica, estaba a punto de sonar. Aguzó el oído y trató de ver en las tinieblas. El corazón le latía con fuerza; presintió que la hora fatídica iba a sonar y, estremeciéndose, creyó percibir el mismo leve rechinamiento de la noche anterior; en el mismo instante el reloj dió la primera campanada, y la misma sombra blanca cruzó, rápida, ante su vista; pero Alfredo, dando un salto terrible, se puso en medio del pasillo y disparó dos veces; la sombra desapareció por la escalera, pero al instante, arriba, en la habitación de Terlaud resonó un disparo, y a continuación otros dos. Nuestro pequeño, pistola en mano, subió vertiginosamente la escalera. El cuarto de Terlaud estaba abierto, pero el detective no estaba en él. Ansiosamente se dirigió a la cama y alzó las sábanas.

La cabeza del maniquí estaba deshecha de un balazo, y al dar media vuelta lanzó una exclamación de sorpresa; el reloj había girado, dejando al descubierto una especie de puerta. Rápidamente Alfredo reconstituyó la escena. Los bandoleros, creyendo que Terlaud era el que dormía, habían disparado desde el reloj, y cuando creyendo haber muerto al detective, salieron de su escondite, éste los debió de sorprender. Pero aquí entraban las dudas de Alfredo: ¿Terlaud había detenido a los criminales, o, por el contrario, éstos se habían apoderado de él? La solución podía saberla aventurándose a penetrar por la puerta secreta; pero, ¿y si

era una trampa?, ¿y si la habían dejado así con intención de atraparle?

Un momento duraron sus dudas. El valeroso muchacho no dudó ya en acudir en socorro de Terlaud, y después de cerciorarse de que la pistola estaba en condiciones, se aventuró a penetrar. Caminaba por un pasillo largo y estrecho, cuyo fin no se averiguaba. Así siguió siempre con infinitas precauciones por espacio de media hora. Como no sentía el menor ruido ni vislumbraba un rayo de luz, comprendió que debía de ser un pasadizo subterráneo, pero de gran longitud. De pronto se detuvo; había percibido un murmullo como de voces que hablaran lejos. Pegándose a la pared, continuó avanzando. El murmullo iba creciendo, y a poco percibió claramente las voces de varios hombres, y dando unos pasos más fué a herirle en el rostro la luz de una antorcha que un hombre sostenía. Por fortuna no le habían visto, y aterrado contempló a Terlaud atado de pies y manos, tendido en el suelo y rodeado de tres hombres que le contemplaban con ferocidad. «Bueno—exclamó uno de ellos—, Terlaud; has descubierto el secreto del castillo y has visto y adivinado muchas cosas, pero más te valía haber recibido el balazo que te destinábamos en tu cuarto. Ponte a bien con tu conciencia, pues dentro de un minuto vas a morir.» Y dirigiéndose a los otros, exclamó: «Cogedle entre dos, y al torrente con él.»

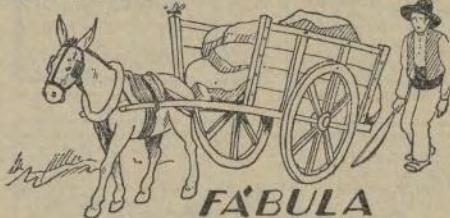
Alfredo no pudo resistir más; toda su sangre generosa se sublevó ante la infamia, y saliendo de su rincón, se plantó en medio de la gruta, exclamando: «¡Alto, miserables! ¡Al que se mueva le abraso!» Los bandidos se quedaron asombrados al contemplar a aquel joven tan animoso y tan resuelto próximo a disparar.

Alfredo, magnífico, brillándole en los ojos un valor sereno, con el dedo en el gatillo, y sin dejar de encañonar a los asesinos, fué avanzando hasta llegar al cuerpo de Terlaud caído en el suelo; pero en el mismo instante, una mano se apoyó en su hombro y en su espalda sintió el frío de la hoja de un puñal, al tiempo que una voz seca y dura le decía: «¡No hay que ser tan valiente, caballero! Suelta esa pistola, levanta los brazos y no grites ni te muevas, pues al menor movimiento te mato.»

Alfredo alzó los brazos, soltó la pistola, y...

(Concluirá.)

LA MOSCA Y LA MULA



FÁBULA

Una mosca, que se puso sobre un carro, reñía a la mula que tiraba de él, diciéndole:

—Anda más de prisa, porque, en caso contrario, te picaré en el pescuezo con mi aguijón. ¡Eres muy perezosa!

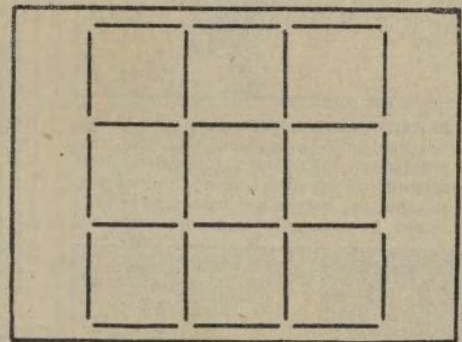
—Poco me importan tus amenazas—contestó la mula—, porque al que temo es al carretero que me gobierna, y que de un solo latigazo te puede matar. Ya sé cuándo conviene parar y cuándo apretar el paso.

Los débiles echan a veces grandes bravatas; pero, si encuentran uno más fuerte que les hable alto, enmudecen en seguida.



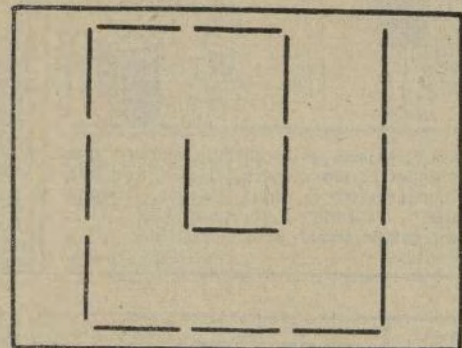
Queridos amiguitos:
Estamos en el mes D
mayo; mes D las
y D los el + herm
del 1930 consagrado
a nuestra la X
Vosotros, mis queridos
procurad obsequiar
la mucho con oraciones
y buenas obras que son LA
que + le gustan X ser
del jardín de las almas
buenas. 1000 A
quitos, D vuestro
Jeromín

PROBLEMA



Quitar cuatro líneas, de forma que queden cinco cuadrados, en forma distinta a la solución del número anterior.

(La solución en el próximo número.)



SOLUCIÓN DEL PROBLEMA ANTERIOR

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

- 1.º Todos meten por mi boca mil secretos y noticias, y los vuelvo a vomitar sin quedarme na en las tripas.
- 2.º ¿Por qué se dice: «Voy a subir al tranvía»?

(Las soluciones en el próximo.)

SOLUCIONES DEL ANTERIOR

- 1.ª En que no es-quila.
- 2.ª La corona de espinas.



«Desconfío en que podamos escapar», decía un pescador español a su hijo en el momento en que un proyectil, lanzado desde una galera inglesa, explotaba junto a la proa de su velero. «Esto indica que no tenemos otro remedio que rendirnos a ellos.» Tan pronto como la galera alcanzó al velero del pescador, el capitán inglés ordenó a Julián Rodrí-



guez y a su hijo Luis que fueran a su presencia. «Usted, como buen piloto, puede encargarse del timón y hacer que al amanecer estemos en Vigo», dijo el capitán al padre, «pero guárdese bien de jugaros una mala pasada.» Pronto oscureció; y el capitán inglés ordenó a uno de sus soldados que vigilara a sus prisioneros. Mientras el padre permane-



cía fijo en el timón, Luis iba, apoyado en el baluarte, contemplando su velero, que también los ingleses le habían capturado. En esta contemplación estaba cuando una idea más rápida que un rayo le pasó por la mente, y, ni corto ni perezoso, se dispuso a llevarla a cabo tan pronto como encontrara ocasión para ello. Y, en efecto, aprovechando una



ausencia del centinela, saltó por la proa y, deslizándose por el cable de remolque, entró en el velero, el cual era fuertemente sacudido por el movimiento del barco. Con toda rapidez cortó el cable e inmediatamente izó la vela, a fin de llegar con toda prontitud a algún sitio donde pudiera demandar ayuda. El plan que acababa de realizar con tan feliz



éxito lo llevó a cabo con tal prontitud y silencio que nadie se percató de su estratagema. Hacía poco que había amanecido cuando Luis creyó ver a lo lejos un barco cuya nacionalidad era imposible determinar, pero, a pesar de eso, y aprovechando que el viento le era favorable, pudo llegar a un lugar en que la distancia que les separaba era la sufi-



ciente para ver que el tal barco pertenecía a la Marina de guerra española, por lo cual Luis comenzó a hacer señales de auxilio. Cuando éstas fueron vistas por el barco, éste acudió prontamente, y en seguida que el uno estuvo al lado del otro, los marinos de aquél ayudaron a Luis a subir a bordo. Inmediatamente, Luis se dirigió al puente, en el que se



encontraba el capitán, que ya le esperaba. En pocas palabras, el muchacho le contó lo que había sucedido, y cuál no sería su contento al oír la orden que el capitán daba a la tripulación de emprender la persecución de la galera inglesa. No había transcurrido mucho tiempo cuando el buque español logró dar alcance al inglés, y cuando la distancia se fué



suprimiendo, poco a poco, los cañones de aquél comenzaron a arrojar fuego por sus anchas bocas. El combate fué de corta duración, pero sangriento, y, con gran valentía, los españoles abordaron el barco inglés haciendo presos a sus tripulantes. Una vez terminado el combate, Luis saltó a bordo del barco enemigo, y cuál no sería su contento al encon-



trar sano y salvo a su padre, que permanecía en pie en medio de las víctimas. «Este servicio que acabas de hacer en beneficio de tu Patria, hace que esté orgulloso de que seas mi hijo», dijo el padre, abrazando a su hijo con gran emoción.

JUANITO CON LA PERSIANA, LE DA UN BUEN SUSTO A SU HERMANA



A JUANITO EL ACORDEÓN LE SUGIRIÓ UNA ENDIABLADA IDEA QUE NOTAR



DÓ EN PONER EN PRÁCTICA. PINTÓ UNA CARA EN EL FUELE, COLOCÓ



UNA MACETA DEBAJO DE LA VENTANA ESCONDIO EL ACORDEÓN ENTRA



LAS HOJAS Y DESPUÉS ATOÓ UNO DE LOS EXTREMOS DEL INSTRUMENTO A LA



PERSIANA. Y EFECTIVAMENTE, CUANDO LA HERMANITA FUE A LEVAN



TAR LA PERSIANA SE ESTIRÓ, EL ACORDEÓN Y EL SUSTO FUE ATRÓZ.